

## EL CADÁVER DE ABEL

Miradle: Hundido en almohadón de grama,  
Empapado en su sangre purpurina,  
Yace Abel, con la rosa matutina  
Que aún su esencia en derredor derrama.

Eva le encuentra, *é hijo mío* clama,  
Y hacia su rostro con amor se inclina,  
Y besa aquella frente peregrina,  
Y una vez y otra aún *¡hijo!* le llama.

¡Silencio! La infeliz... no... aún no entiende  
Que son de Abel no más que los despojos...  
Y le levanta tímida.. le extiende.

En su regazo. Con sus labios rojos  
Abre sus labios; todo lo comprende,  
Y las lágrimas saltan de sus ojos.



RODRÍGUEZ RIVERA (RAMÓN)

## TROPICAL

### I

Truena la tempestad, obscuro cielo  
En lluvia y rayos se deshace airado  
Y alumbran los relámpagos el suelo,  
Y ruge el huracán desenfrenado.  
Se amontonan las nubes, se enfurecen,  
Y arrojan sin piedad hora tras hora  
La muerte y destrucción con que se mecen

En la eléctrica chispa destructora.  
Y se chocan, y luchan á millares,  
Amenazando con furor la sierra,  
Y embravecidas se unen con los mares,  
Haciendo el trueno estremecer la tierra.  
Airado el viento con tenaz bravura  
Llega en su furia á arrebatar las rocas,  
Y se arrastra en indómita locura  
Lanzando ahullidos sus enormes bocas.  
Todo lo arrastra, los destruye todo,  
Y con ruido infernal, por las pendientes  
De la barranca, hasta el revuelto lodo  
Descienden á mezclarse los torrentes.  
Y las fieras se acojen á las grutas,  
Y en las grietas se ocultan los jilgueros,  
Y caen al par de sezonadas frutas  
Los peñascos rodando á los senderos.  
Y á la siniestra luz que centellea,  
Despeñarse se vé de las montañas,  
Como al fulgor de cineraria tea,  
Las plantas y ganados y cabañas.  
En suicidio eternal las aguas bajan  
Buscando tumba en el profundo abismo,  
Y cedros y palmeras se desgajan,  
Y en ayes rompen su eternal mutismo;  
Las olas encrespadas y espumosas  
Se estrellan sin piedad contra la playa,  
Y se rasgan temibles y rabiosas,  
Y á su eterno rugir el mundo calla.  
Negro, muy negro el cielo, amenazante,  
Lanza sólo su rayo tremebundo,  
Y el terrible huracán, negro gigante,  
Ronco amenaza desquiciar al mundo.  
De destrucción el genio vuela, en tanto  
Que su mirada audaz relampaguea,



Y de nieblas y rayos con su manto  
 Al mundo entero con furor flamea.  
 Sobre el bridón del austro cabalgando  
 El ígneo polvo en su correr levanta,  
 Y negras nubes á sus pies rodando  
 Sienten el peso de su férrea planta.  
 Contrae su labio la infernal sonrisa  
 Al ver que la materia se destruye,  
 Mas llega el ángel de la luz, y aprisa  
 Tiende sus alas con espanto y huye.

## II

Cesó la tempestad, blanquizas nubes  
 Que calman los ardores del estío,  
 Flotan como bandadas de querubes  
 Y copos de algodón en el vacío.  
 La blanca luna entre celajes brota,  
 Y brotan las estrellas y luceros  
 Que hacen brillar la cristalina gota  
 Suspendida en los altos cocoteros.  
 Los bosques de sonantes platanares  
 Sacuden con rumor las anchas hojas  
 De donde caen las gotas á millares  
 Sobre silvestres florecillas rojas.  
 Fresca la brisa á acariciar empieza  
 Los mangos y cafetos y cañales,  
 Y murmura al rozar la alta maleza  
 O al perderse en revueltos carrizales.  
 Se abren de los naranjos blancas flores  
 Exhalando perfumes que adormecen,  
 Y de canoras aves de colores  
 Los blancos nidos con amor se mecen:  
 Las luciérnagas pasan brilladoras,  
 Y los cocuyos lanzan sus destellos,  
 Y el grillo y la cigarra vibradoras

Lanzan sus cantos, por salvajes bellos.  
 Y el arroyuelo manso culebrea  
 Por entre el césped murmurando amores,  
 Y sobre el margen que el sauz sombrea  
 Salpica y hace renacer las flores.  
 Brota la yerba, los planteles crecen,  
 Germina el grano, se madura el fruto,  
 Y las espigas de oro se estremecen  
 Bajo el peso estival de su tributo.  
 Todo se mueve y la deidad del campo  
 Al regar las semillas, á su espalda  
 Deja de su alma á la campiña un lampo  
 Cuando la roza su flotante falda.



## EL LABRADOR

El gallo canta, el labrador despierta,  
 Y alegre el tibio lecho abandonando,  
 Mira perderse el matinal lucero,  
 Y al incansable buey unce el arado  
 Que abre los surcos de fecunda tierra.  
 Gustoso apura el líquido regalo  
 De blanca leche tibia y espumosa,  
 Que le ofrece en su fuente derramando,  
 La humilde madre del soberbio bruto.  
 Su luz difunde por los aires claros  
 La blanca aurora que en Oriente asoma,  
 Y al colorar los montes y los prados,  
 Despierta á bulliciosas avecillas,  
 Que alegres cantan al mirar de blanco  
 Y de fuego teñido el horizonte,  
 Cual lluvia de oro suspendida en lo alto  
 Por la carrera que en su curso sigue



El que la luz eclipsa de los astros.  
 Tras la yunta que al gélido rocío  
 Va en riachuelos tornando el lento paso,  
 Sigue el labriego que el hogar dejara,  
 Su esperanza en la fé despositando;  
 Que el premio encuentra el que en la madre tierra  
 Deposita su amor y su trabajo.

Sin dar ya sombras, por el éter puro  
 Flota bañando de candentes rayos  
 El refulgente luminar del día,  
 El astro rey de los millares de astros.  
 La frente humedecida por las gotas  
 Que fertilizan el inculto llano,  
 El labrador el grano deposita  
 Entre los surcos que trazó el arado:  
 De allí verá brotar plantas y flores  
 Con los frutos que dulces, sazonados,  
 Serán el alimento de sus hijos  
 Y llenarán la choza y el cercado;  
 Por eso, alegre el labrador, no siente  
 La lluvia estiva ni el fugaz verano.  
 Llega la madre de sus tiernos hijos  
 Llevando el refrigerio á su trabajo,  
 Y el sencillo manjar, dulce y sabroso;  
 Recibe con placer de entre sus manos;  
 Luego á la sombra, respirando el fresco,  
 Al pié de un árbol quedan reclinados  
 Sobre la alfombra de mullido césped  
 En su dicha y su amor siempre soñando.  
 Con más firmeza á levantarse vuelve,  
 Y de nuevo comienza su trabajo,  
 Contento el corazón, tranquila el alma,  
 Y la conciencia exenta de cuidados,  
 Que el ángel bueno sin cesar le guía,

Que huye á sus ojos el arcángel malo.

Ya el sol declina, resplandecen tibios  
 Sobre el Citlaltepétl pálidos rayos;  
 Y vuelve el labrador á la cabaña  
 En busca de su sueño y su descanso;  
 Besa á sus hijos y á su esposa besa,  
 Que á recibirle salen á su paso,  
 Y al guarda fiel de su cabaña toca  
 Acariciando con callosa mano,  
 Y sin temor, tranquilos saborean  
 El blanco queso y el cabrito asado.  
 Entre tanto, las aves se recogen,  
 Trinando alegres en los verdes ramos  
 Del cedro embalsamado, donde cuelgan  
 Sus nidos de bejuco entrelazado,  
 Y el buey dormita entre la paja seca  
 Ó está rumiando en el cubierto establo.  
 De gracias la oración en coro entonan  
 Al Hacedor de todo lo creado,  
 Y el ángel de los sueños se desprende  
 Del alto cielo hasta llegar al campo,  
 Cubriendo con sus alas la cabaña  
 Para impedir la entrada á los cuidados.

Manto de sombras la callada noche  
 Tendió en silencio por el monte y prado,  
 Y el genio de los campos con sus alas,  
 De húmedas gotas y perfumes raros,  
 De brisas vagarosas do la luna  
 Difunde melancólica sus rayos,  
 Al rozar mansamente las colinas,  
 Hace brotar el germinante grano,  
 Y crecer los retoños y planteles,  
 Y cubrirse de fruto los sembrados,



Mientras que duerme de inocencia el sueño  
 El laborioso labrador cansado.  
 ¡Bendita esta existencia encantadora!  
 ¡Dichosa vida la que dan los campos!



### ROSAS ( JOSÉ )

#### ¡QUIÉN PUDIERA VIVIR SIEMPRE SOÑANDO!

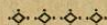
Es la existencia un cielo,  
 Cuando el alma soñando embelesada,  
 Con amoroso anhelo,  
 En los ángeles fija su mirada.  
 ¡Feliz el alma que á la tierra olvida  
 Para vivir gozando!  
 ¡Quién pudiera olvidarse de la vida!  
 ¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

En esta estrecha y mísera morada  
 Es un sueño engañoso la alegría;  
 La gloria es humo y nada  
 Y el más ardiente amor gloria de un día.  
 Afán eterno al corazón destroza  
 Cuando los sueños ¡ay! nos van dejando.  
 Sólo el que sueña goza.  
 ¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

De su misión se olvidan las mujeres,  
 Los hombres viven en perpetua guerra;  
 No hay amistad, ni dicha, ni placeres;  
 Todo es mentira ya sobre la tierra.  
 Suspira el corazón inútilmente...  
 La existencia que voy atravesando

Es hermosa entre sueños solamente.  
 ¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

Sin mirar el semblante á la tristeza  
 Pasé de la niñez la dulce aurora,  
 Contemplando entre sueños la belleza  
 De ardiente juventud fascinadora.  
 Pero ¡ay! se disipó mi sueño hermoso,  
 Y desde entonces siempre estoy llorando  
 Porque sólo el que sueña es venturoso.  
 ¡Quién pudiera vivir siempre soñando!



### LA JUVENTUD

Juventud, juventud, bajo tus alas  
 Busqué en mi único amor sombra y abrigo,  
 Me negaste tus goces y tus galas...  
 Ingrata juventud, yo te maldigo.

*Francisco González Bocanegra.*

¡Cuán rápidos pasaron  
 Los dulces años de la infancia mía,  
 Esos años de paz y de alegría  
 Que tanto acariciaron  
 Al corazón que sin afán dormía!  
 Pasaron como el viento,  
 Cual pasa siempre la ilusión querida,  
 Como pasan la dicha y el contento.  
 Tendió sus alas la tormenta oscura,  
 La calma se alejó despavorida  
 Y vinieron las horas de amargura:  
 ¡Ay, cuán presto se acaba la ventura!  
 ¡Cómo pasan los años de la vida!

Quién me diera el encanto misterioso



De aquellas ilusiones seductoras  
 Tan sentidas después y tan lloradas.  
 ¡Quién pudiera volverme aquellas horas,  
 Aquellas horas por mí mal pasadas!  
 ¡Ay! entonces cruzaba la existencia,  
 Tranquilo y descuidado,  
 En medio de la paz y la inocencia.  
 Sin esta indecisión que me acobarda,  
 Encantado por dulces embelesos,  
 De mi ángel bueno en los amantes brazos  
 Y al blando son de los maternos besos.  
 Pero ha pasado la niñez hermosa,  
 Y hoy devoro tormentos á millares;  
 Hoy el capricho del falaz destino  
 Me aparta á mi pesar de mis hogares,  
 Y al impulso del raudito torbellino,  
 Entre los mares del dolor me pierdo;  
 Pues del placer pasado y la alegría  
 Le queda al corazón sólo el recuerdo,  
 ¡Último aroma de la flor de un día!

Pasó la edad de la inocencia pura,  
 Y tú viniste, juventud galana,  
 Radiante de placer y de hermosura  
 Como una flor en su primer mañana.  
 Tú viniste, cual sueño de ventura,  
 Ansiando amor y derramando amores,  
 Húmedos de pasión los labios rojos,  
 La sien ceñida de fragantes flores,  
 Y el fulgor del relámpago en los ojos.

Yo miré tu belleza, cariñoso  
 Te fui á buscar en mi delirio ciego,  
 Y entre tus brazos me arrojé gozoso,  
 Cual inocente niño

Que corre á asir el devorante fuego.  
 Entre tus flores ¡ay! tú me trajiste  
 La ilusión que la calma me arrebató,  
 La hermosa virgen por quien vivo triste,  
 La virgen ¡ay! que por mí mal existe,  
 Por mi mal, tan hermosa y tan ingrata.

Al contemplar su espléndida belleza,  
 Paraíso de amor y de ventura  
 Me pareció la vida,  
 Y en mi amoroso anhelo,  
 Sin recordar que al fin todo se olvida,  
 Juzgué que en el amor se hallaba el cielo.  
 Corriendo en pos de la ilusión funesta  
 Deslumbrado busqué la bienandanza,  
 Y he sabido las lágrimas que cuesta  
 El delirio de amar sin esperanza.

¿Por qué viniste á desgarrar mi pecho  
 Y con tus llamas á abrasar mi frente,  
 Aciaga juventud? ¿Por qué viniste  
 Si en vez de la ilusión que me ofreciste,  
 De los goces y dulces alegrías  
 Que me brindaste con falaz halago,  
 Me diste sólo, de mi amor en pago,  
 Noches amargas y funestos días?

Huye de mí con tus encantos pérfidos;  
 Ya no pretendas fascinar el alma  
 Con la luz de tus mágicos colores;  
 Vuelve á mi pecho la perdida calma,  
 No quiero ya tus engañosas flores.

No quiero ya tu torbellino eterno,  
 Porque hoy su horrible agitación me mata;



Sólo anhelo la dicha de la muerte;  
No quiero verte, juventud ingrata,  
Ya más no quiero en mi presencia verte.

En otro tiempo ambicioné tu abrigo,  
Te fui á buscar y te tendí la mano:  
Hoy que ya con tu fiebre me fatigo,  
Que busco paz y que la busco en vano,  
*Ingrata juventud, yo te maldigo.*

## EL ZENTZONTLE

¡Cuán dulce es la armonía  
De tus cantos de amor! ¡Cuánta ternura,  
Cuánta melancolía,  
Qué extraño sentimiento  
Hay en tu triste acento,  
Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,  
Morador de sus bosques silenciosos,  
Trovador de sus lagos rumorosos!

Cuando su luz brillante  
Vierte la primavera en los jardines,  
Tiendes al viento tú las pardas alas,  
Cruzas el valle umbrío,  
Y alegres himnos amorosos exhalas,  
Entre los sauces del tranquilo río.

En el ardiente Estío,  
Cuando el sol en el cielo apenas arde,  
El himno de la tarde  
Cantas en las praderas,  
Al rumor de las brisas lisonjeras.

Y en la noche callada,  
Cuando la luna pálida fulgura,  
Como virgen que vela enamorada,  
Y la naturaleza desmayada  
En grata, inmóvil languidez reposa,  
Y la nocturna diosa  
Vierte doquier su plácido beleño  
En el sereno ambiente,  
Suspiras tiernamente  
La tímida canción de un dulce sueño.

En esas tristes horas  
Tu cadenciosa voz llega al oído,  
El silencio turbando,  
Como el eco fugaz de un bien perdido;  
Como el vago gemido  
De un alma ardiente que en ardiente anhelo  
La tierra va cruzando,  
Solitaria y doliente suspirando,  
Sin cesar suspirando por el cielo.

Al levantarse un día  
Entre las olas de la mar hirvientes  
La adorada y hermosa patria mía,  
Quiso amoroso Dios que independientes  
Los *sinsones* su atmósfera cruzaran  
A la luz de sus astros refulgentes;  
Que allí su dulce amor tiernos buscaran,  
Y orgullosos volando en las alturas,  
Su juventud espléndida cantaran  
En la selva, en el monte, en las llanuras.

Tus hermanos, de entónce en raudo vuelo  
Cruzan su hermoso suelo,  
Sus soberbias montañas, sus vergeles,



Sus floridos y extensos limonares,  
 Sus magníficos bosques de laureles;  
 Y suspiran dulcísimos cantares  
 Impregnados de amor y sentimiento,  
 Y el ambiente respiran de sus mares,  
 Y orgullosos se mecen en el viento  
 Que sacude sus anchos platanares.

Cuando altiva otro tiempo y vencedora  
 La reina de Occidente,  
 Ornada en jaspes de vistosas plumas  
 Alzaba al cielo la serena frente,  
 Y Axayacatl valiente,  
 Humillando á sus pies á las naciones  
 Sus gloriosas conquistas extendía,  
 Y doquier la victoria sonreía  
 A la sombra feliz de sus pendones,  
 En la risueña margen de los lagos,  
 Los *sinsontes*, con notas celestiales,  
 Del guerrero imitaban la querella,  
 El discorde vibrar de los timbales,  
 La enamorada voz de la doncella,  
 Y el clamor de los himnos nacionales.  
 Otras veces, volando en la espesura,  
 De la fuente imitaban los rumores,  
 El lamento del mirlo entre las flores,  
 La querellosa voz de la paloma,  
 De hondos suspiros llena,  
 Del tardo buey el trémulo bramido,  
 Y el hórrido silbido  
 Del réptil que se arrastra entre la arena.

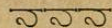
Así cual del Anáhuac contemplando  
 La majestad divina  
 Que un sol de fuego espléndido ilumina

Mustia y triste la Europa nos parece,  
 Y su antigua hermosura palidece;  
 Así cuando el *sinsonte* enamorado,  
 Feliz se oculta en el risueño prado  
 Y canta entre las palmas y las flores,  
 Deben enmudecer los ruiñeños.

Tú, inimitable artista,  
 En mil revueltos giros  
 Volando caprichoso,  
 Imitas cadencioso  
 Ecos, cantos, murmullos y suspiros.  
 Siempre hallas una voz y una armonía  
 Para expresar tu duelo,  
 Y traduces en tierna melodía  
 Del amor el dulcísimo consuelo  
 Y el ardiente placer de la alegría.  
 Tienes siempre al mecerte por el viento,  
 Para todos los goces un acento;  
 A todo prestas inefable encanto,  
 Y ora el dolor te agite, ora el contento,  
 No hay dicha, no hay afán, no hay sentimiento  
 Que tú no expreses con tu tierno canto.  
 ¡Cuál conmueve tu voz el alma mía!  
 ¡Bendita la armonía  
 De tu suspiro amante,  
 Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,  
 Morador de sus bosques silenciosos,  
 Trovador de sus lagos rumorosos.  
 ¡Plegue al piadoso cielo  
 Que en estrecha prisión nunca suspires  
 Triste canción de duelo,  
 Que en orgulloso vuelo  
 Cruzando las inmensas cordilleras,  
 A nuestra patria mires



Bendita por la historia;  
Y que repitas siempre en tus cantares  
El himno de su gloria,  
Al gemir de sus anchos platanares  
Y al rumor de las olas de sus mares.



### LA VUELTA Á LA ALDEA

Ya el sol oculta su radiosa frente;  
Melancólico brilla en Occidente  
Su tímido esplendor;  
Ya en las selvas la noche inquieta vaga  
Y entre las brisas, lánguido se apaga  
El último cantar del ruiñeñor.

¡Cuánto gozo escuchando embelesado  
Ese tímido acento apasionado  
Que en mi niñez oí!  
Al ver de lejos la arboleda umbrosa,  
¡Cuál recuerdo, en la tarde silenciosa,  
La dicha que perdí!

Aquí al son de las aguas bullidoras,  
De mi dulce niñez las dulces horas  
Dichoso ví pasar,  
Y aquí mil veces al morir el día,  
Vine amante después en mi alegría  
Dulces sueños de amor á recordar.

Ese sáuce, esa fuente, esa enramada,  
De una efímera gloria ya eclipsada  
Mudos testigos son:  
Cada árbol, cada flor, guarda una historia

De amores y placer, cuya memoria  
Entristece y halaga el corazón.

Aquí está la montaña, allí está el río;  
A mi vista se extiende el bosque umbrío  
Donde mi dicha fué.  
¡Cuántas veces aquí con mis pesares  
Vine á exhalar de amor tristes cantares!  
¡Cuánto de amor lloré!

Acá la calle solitaria: en ella  
De mi paso en los céspedes la huella  
El tiempo ya borró.  
Allá la casa donde entrar solía  
De mi padre en la dulce compañía...  
¡Y hoy entro en su recinto sólo yo!

Desde esa fuente, por la vez primera,  
Una hermosa mañana, la ribera  
A Laura ví cruzar;  
Y de aquella arboleda en la espesura,  
Una tarde de Mayo, con ternura  
Una pálida flor me dió al pasar.

Todo era entonces para mí risueño;  
Mas la dicha en la vida es sólo un sueño,  
Y un sueño fué mi amor.  
Cual eclipsa una nube al rey del día,  
La desgracia eclipsó la dicha mía  
En su primer fulgor.

Desatóse estruendoso el torbellino  
Y al fin airado me arrojó el destino  
De mi natal ciudad.  
Así cuando es feliz entre sus flores,



¡Ay! del nido en que canta sus amores  
Arroja el ruiseñor la tempestad.

Errante y sin amor siempre he vivido;  
Siempre errante en las sombras del olvido...

¡Cuán desgraciado soy!  
Mas la suerte conmigo es hoy piadosa;  
Ha escuchado mi queja, cariñosa,  
Y aquí otra vez estoy.

Ni sé, ni espero, ni ambiciono nada;  
Triste suspira el alma destrozada,  
Sus ilusiones ya;  
Mañana alumbrará la selva umbria  
La luz del nuevo sol, y la alegría  
¡Jamás al corazón alumbrará!

Cual hoy, la tarde en que partí doliente,  
Triste el sol derramaba en Occidente  
Su moribunda luz:  
Suspiraba la brisa en la laguna,  
Y alumbraban los rayos de la luna  
La solitaria cruz.

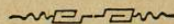
Tranquilo el río reflejaba el cielo,  
Y una nube pasaba en blando vuelo,  
Cual pasa la ilusión;  
Cantaba el labrador en su cabaña,  
Y el eco repetía en la montaña  
La misteriosa voz de la oración.

Aquí está la montaña, allí está el río...  
¿Mas dónde está mi fe, dónde, Dios mío,  
Dónde mi amor está?  
Volvieron al verjel brisas y flores,

Volvieron otra vez los ruiseñores...  
Mi amor no volverá.

¿De qué me sirven, en mi amargo duelo,  
De los bosques los lirios, y del cielo  
El mágico arrebol,  
El rumor de los céfiros suaves,  
Y el armonioso canto de las aves,  
Si ha muerto ya de mi esperanza el sol?

Del arroyo en las márgenes umbrías,  
No miro ahora como en otros días  
A Laura sonreír.  
¡Ay! En vano la busco, en vano lloro,  
Ardiente en vano su piedad imploro;  
Jamás ha de venir...!



## RECUERDOS DE LA INFANCIA

### FRAGMENTOS

Junto á las puertas del cielo  
Vive el hombre soñador  
Llorando en perpetuo anhelo,  
Que la historia del amor  
Es historia de dolor  
Junto á las puertas del cielo.

Bendita por el amor  
Miro una humilde casita  
Entre naranjos en flor,  
Y una pobreza bendita,  
Bendita por el amor.



Es la palabra del cielo  
Necesaria, no os asombre,  
Para expresar este anhelo;  
¡Madre! ¡madre! Este es el nombre,  
Es la palabra del cielo.

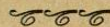
La corriente de la vida  
Va por el viento impelida  
Como las rápidas olas,  
Me dijo mi madre á solas  
Con inefable cariño,  
Porque yo, cándido niño,  
En lucha no interrumpida  
Quise el agua contener...  
¡Quién pudiera detener  
La corriente de la vida!

Van volando todavía  
En mi memoria las flores  
Que yo deshojara un día,  
Y las hojas de colores  
De la flor de mis amores  
Van volando todavía.

Es el pájaro que canta,  
Dije una vez, madre mía,  
Un tesoro de armonía;  
Y fué mi ventura tanta  
Que mucho hablaba y reía  
Y exclamó mi madre inquieta:  
«Tú pareces un poeta.»  
—¿Y qué es eso madre santa?—  
Ella besóme llorando  
Y me dijo suspirando:  
—Es el pájaro que canta.

Las estrellitas del cielo  
Miraba con dulce anhelo,  
Y mi madre sonreía:  
En el plácido arroyuelo  
Retratadas las veía,  
Y mi madre me decía:  
También ¡oh niño! en el suelo.  
Como el agua transparente,  
Refleja el alma inocente  
Las estrellitas del cielo.

¡Cuán amarga es esta vida!  
Triunfa doquiera el rencor  
Y todo pasa y se olvida.  
Es breve sueño el amor  
Y sólo es cierto el dolor.  
¡Cuán amarga es esta vida!



### RINCÓN (MANUEL E.)

#### EN EL BAÑO

Del escondido bosque en la espesura  
Que cubre á trechos el azul del cielo,  
Do canta el ave con amante anhelo,  
Y el aura tibia de placer murmura;

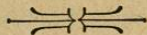
Blanca, gentil, radiante de hermosura,  
Cubierta apenas con ligero velo,  
El pié desnudo, destrenzado el pelo,  
A Leida vi junto á la fuente pura.

Yo vi copiados en la linfa clara



Aquellos sus contornos soberanos,  
Que de Milo la Venus envidiara;

Yo vi de su belleza los arcanos,  
Y un suspiro lancé; volvió la cara,  
Y al blanco seno se llevó las manos.



### RIVA PALACIO ( VICENTE )

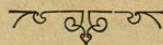
#### EN EL ESCORIAL

Resuena el marmóreo pavimento  
Del medroso viajero la pisada,  
Y repite la bóveda elevada  
El gemido tristísimo del viento.

En la historia se lanza el pensamiento,  
Vive la vida de la edad pasada,  
Y se agita en el alma conturbada  
Supersticioso y vago sentimiento.

Palpita allí el recuerdo, que allí en vano  
Contra su propia hiel buscó un abrigo,  
Esclavo de sí mismo, un soberano  
Que la vida cruzó sin un amigo;  
Águila que vivió como un gusano,  
Monarca que murió como un mendigo.

(1) La mayor parte de las poesías del general Riva Palacio están publicadas con pseudónimo. Algunas figuran en esta colección.



### SEGURA ( JOSÉ SEBASTIÁN )

En la muerte de doña Gertrudis Gómez de Avellaneda

El llanto reprimid, gallardas Musas,  
De la virgen América decoro;  
Trocad las negras túnicas profusas  
Por las ropas de fiesta, y lauros de oro  
Adornen vuestra frente.  
Y por la espalda los hundosos rizos  
Al perfumado soplo del ambiente,  
Entrelazados con vistosas plumas  
Realcen los hechizos  
De vuestras gracias sumas,  
Y del público duelo el vano alarde  
Quédese para el necio descreído  
En cuyo muerto corazón nunca arde  
La llama celestial que las tinieblas  
Del sepulcral olvido  
Deshace, cual las nieblas  
El luminar del día  
Que inunda el suelo en plácida alegría.

Allá en la ardiente zona  
De un cielo azul, templada por los mares  
De la Antilla gentil que se corona  
De magníficas palmas,  
La que á Píndaro vence en sus cantares  
Con la lira en la mano,  
Se halla al nacer para hechizar las almas  
Por su gracia y talento soberano,  
La ilustre Avellaneda, honra y delicia  
Del bélico cubano,  
Que en regaladas trovas la acaricia.